

ción *Textes et études du Moyen Âge* y que tan útiles resultan para acceder a determinada información de forma rápida y sencilla.

En conclusión, nos encontramos frente a una magnífica edición latina y castellana de las *Vitae Hannibalis et Scipionis* acompañada de un completísimo estudio sobre una figura un tanto olvidada de las letras españolas, Alfonso de Palencia. El hecho mismo de ofrecer la primera edición moderna tanto del texto latino como del castellano es ya en sí una aportación de indudable valor para los estudios de la literatura latina y castellana. A ello se debe añadir el gran acierto de Allés a la hora de confrontar en su edición el texto de Alfonso de Palencia con el texto de Acciaiuoli de la edición de Jenson, a fin de que el lector tenga siempre a su alcance el texto original que utilizó el cronista castellano. Susanna Allés ha sabido combinar de forma excelente la historia y la cultura de la época, el análisis lingüístico y la ecdótica para ofrecernos un volumen que servirá de base para futuras investigaciones tanto en el campo de la historia como en el de la filología.

Marta CRUZ TRUJILLO
Universidad Complutense de Madrid

Francisca MOYA DEL BAÑO, *Quevedo y sus ediciones de textos clásicos. Las citas grecolatinas y la biblioteca clásica de Quevedo*, Murcia, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia, 2014, 524 pp.

Este libro, erudito y ameno, es el resultado de varias calladas conversaciones entre excepcionales interlocutores: de Francisco de Quevedo con los autores griegos y latinos, de la profesora Moya con Quevedo y de esta, a la vez, con los clásicos. Las dos últimas conversaciones comenzaron con las primeras lecturas quevedianas de una Francisca Moya todavía estudiante de Filología Clásica. Tuvo un primer hito en 1966 con su primer trabajo científico, sobre Hero y Leandro en la literatura española, y fue avanzando a lo largo de años en numerosos aportaciones que adornan revistas, actas de congresos y homenajes, para venir a alcanzar otro hito: el volumen que reseñamos. Dado su carácter de filóloga, el objetivo de la segunda conversación, la de la Profesora Moya con Quevedo, no podía ser otro que el de ilustrar la primera, la de D. Francisco con sus clásicos (p.68). Francisca Moya nos sirve, pues, de intérprete (en los varios sentidos del término) de D. Francisco de Quevedo.

Los testigos de esa conversación somos y seremos muchos y bien distintos, pues es, sin duda, un libro para muchos lectores. Situados en círculos concéntricos, asistimos a esos mudos sermones no solo sus maestros y discípulos (no dejen de leerse las hermosa líneas dedicadas a *nuestra* Universidad de Murcia), sino también los lectores y estudiosos de Quevedo, de la tradición clásica, de los clásicos grecolatinos, de la literatura española, de la literatura sin apellidos.

Todos, creo, reconocerán la importancia de esta aportación. No ha de engañar su humilde presentación: dice repetidamente la profesora Moya que sus logros son

modestos (por ejemplo, pp.19, 22, 72); ni el que se diga que es un libro meramente de consulta (p.13), pues es una obra de consulta, pero también un texto que se lee muy bien. Este libro es y será de enorme utilidad para los investigadores presentes y futuros. Es, además, una hermosa reivindicación de Quevedo.

El objeto concreto de estudio del trabajo son las citas de autores clásicos en la obra de Quevedo. Se ofrece un catálogo de ellas y se intenta (y consigue casi siempre) localizar la edición e incluso el ejemplar utilizado por Quevedo. Ello se hizo en gran medida antes de la ayuda enorme que actualmente ofrecen los medios informáticos y la Red. Esa suerte tuvo la profesora Moya, pues se vio obligada a buscar pacientemente y a manosear, una tras otra, año tras año, ediciones y ediciones de autores clásicos en busca del texto usado por Quevedo. Ahora las teclas nos ahorran tiempo, pero nos alejan de los ejemplares. Triste avance.

La cuestión que se plantea en definitiva la profesora Moya, la que, si no me engaño, está detrás de este trabajo, es la amplitud del conocimiento directo y del uso de los clásicos por parte de Quevedo y, por tanto, en cierto sentido, los límites de su dependencia de las obras de referencia. Se trata de una cuestión importante, capital, a veces abordada o resuelta por algunos estudiosos de forma superficial y partiendo de un manojo de ideas generales (no siempre es así, otras veces se ha tratado el asunto con la morosidad que precisa). Hay que plantearse siempre con detalle y en el detalle cómo de mecánico era el uso de las fuentes de consulta y cuál era el comercio directo y detenido de los autores renacentistas o barrocos con los clásicos. Así lo hace la profesora Moya y los resultados de la investigación aclaran y engrandecen, también en este aspecto, la figura de Quevedo.

La estructura del libro es sencilla, pero eficaz: tras los textos introductorios (*Prae-loquium*, «Introducción», «Quevedo y sus citas grecolatinas. Algunas anotaciones») que lo enmarcan, presentan y explican, puede encontrarse un primer bloque en el que se ofrecen las conclusiones de la investigación sobre las ediciones utilizadas en sus citas por Quevedo. En el segundo se ofrece la información concreta y detallada sobre pasajes y ediciones mediante una doble ordenación: por autores antiguos y por obras de Quevedo. Un tercer bloque, esencialmente bibliográfico, ofrece tres catálogos: a) de las ediciones de obras clásicas que Quevedo pudo tener a su disposición (el listado surge de la identificación de los textos en esas ediciones), b) de las que pudo usar para citas indirectas y c) de los ejemplares quevedianos. Cada catálogo es explicado mediante una introducción y abundantes y eruditas notas, que alejan este apartado de una mera enumeración (que ya de por sí hubiera sido muy útil). Se añade también un listado de ediciones modernas de Quevedo y un apartado de *sigla* que facilita su cita. Sólo entonces encontramos la «Bibliografía» propiamente dicha, de trabajos modernos. El primer bloque de la obra permite, pues, leer y aprender, el segundo y el tercero (y la bibliografía final) consultar y aprender.

Las conclusiones se formulan y argumentan con sencillez y con claridad: Quevedo tuvo a su disposición y utilizó muchas veces varias ediciones de un autor clásico. Así sucede con Aristófanes, Aristóteles, Cicerón, Homero, Licofrón, Persio, Píndaro, Séneca, Silio Itálico, Simaco y Verrio Flaco (pp.23-27); no cita siempre por la edición

que un estudioso de su obra esperaría (por saberse suya, por ejemplo) (pp.28-30); muchas ediciones usadas por Quevedo acabaron en el Monasterio de San Martín (pp.31-32); Quevedo lee y utiliza las notas y comentarios de las ediciones, así como las obras de referencia, pero sin ocultar sus fuentes (aunque no siempre las cite) y probablemente comprobando en una edición el texto de la cita (pp.35-36); sus citas suelen ser, pues, directas (p.48); Quevedo no suele equivocarse al citar (pp.48-51); sin embargo, a veces lee mal y, en consecuencia cita mal (pp.55-58); en ocasiones adapta ligeramente los textos para ajustarlos a su nuevo contexto (pp.63-65); la ortografía quevediana ha de ser tenida en cuenta para corregir algunas citas (pp.65-66). Todo ello se resume en «A modo de breve conclusión» (pp.67-68). Las conclusiones son defendidas y probadas con ejemplos selectos, a veces paradigmáticos, como en «Una cita muy curiosa» (p. 58).

Si los resultados del trabajo deberán ser tenidos en cuenta por los quevedistas presentes y futuros, la segunda parte del volumen ofrece un instrumento de trabajo necesario a partir de ahora para el estudioso de D. Francisco. Aporta mucha información, ordenada para facilitar la consulta y ahorrar trabajo al lector. Cita pasajes, ediciones antiguas de los autores clásicos y ejemplares localizados con la referencia a la biblioteca en que se conservan, ediciones antiguas y modernas de Quevedo (no una, sino las principales), traducciones de Quevedo de los pasajes (si las hizo)... Las citas se presentan en una doble ordenación: primero según la obra quevediana en la que se encuentran, después por autores clásicos. En este segundo listado un utilísimo *corolario* ofrece en cada caso conclusiones sobre la presencia del autor en la obra quevediana. Luego un *corolario de corolarios* ofrece unas conclusiones generales

Las principales aportaciones del trabajo son la localización de un número muy alto de ediciones (pp.43-48), aunque alguna cita siga sin ser identificada (pp. 66-67); la explicación de los errores en muchas citas y la corrección de citas como consecuencia de la localización de las ediciones manejadas (pp.51-54), otras correcciones “de resultas” (pp.54-55); correcciones relacionadas con la “ortografía” quevediana (pp.65-66); el mejor conocimiento de la biblioteca y la “biblioteca clásica” de Quevedo (pp.68-72 y tercer bloque de la obra).

Del trabajo obtendrá el lector o investigador (quevedista o no, classicista o no) numerosas informaciones y auxilios. Modificará el trabajo futuro. Ya no se podrá, por ejemplo, al editar un texto quevediano, identificar las fuentes clásicas atendiendo solo a una edición posterior a las de Quevedo. Ni corregir el texto latino o griego mediante conjeturas de muy diversa índole que no tengan en cuenta lo que esta obra y otros trabajos anteriores, muchos de la propia autora, explican con detalle. Sabemos qué leyó Quevedo y dónde, muchas veces conocemos incluso el ejemplar. No se agota aquí la utilidad de esta obra, pues abre el campo a muy distintas formas de explicación del texto quevediano en su relación con los autores clásicos (léanse las pp.72, 402, 405...).

En definitiva, la amplia y atenta conversación (*plurimus sermo*) de la profesora Moya con Quevedo y sus clásicos nos recuerda que D. Francisco los tenía muy pre-

sentos, que le importaban más allá de la erudición, que los disfrutaba como lector y cuidaba su cita. Hemos de leer a Quevedo, también en este aspecto, con detenimiento y respeto. Lo mismo sucede con este extraordinario libro.

J. David CASTRO DE CASTRO
Universidad Complutense de Madrid